

La honestidad y rectitud con que personas de las más diversas confesiones proceden en situaciones idénticas en la vida, dando solución común a comunes problemas, conduce a admitir la existencia de una ley común, natural e inherente a todas ellas. Esta ley, que no es otra cosa que el sentimiento de la propia dignidad, puede asegurarse es el único medio de salvación que resta al hombre sin fe.

Si recordamos que ésta es un don, dado por Dios a quien a Él place, en orden a los planes de su Providencia, será lícito pensar que no todo hombre incrédulo lo es por mala voluntad. Ahora bien; en tanto que hombre, el incrédulo lo mismo que el creyente, deben acatar ciertas normas de conducta primaria, comunes, cuya justificación —por su universalidad en el tiempo y en el espacio— no radica en ninguna religión, y sí en la propia naturaleza humana.

Los intentos por elaborar un sistema de ética autónoma, por sí misma justificada y que condujese al hombre al cumplimiento del deber por el deber, no sólo son en sí mismo buenos, sino que, frente al hombre sin fe, suponen una proyección de la Filosofía en el problema de su salvación. Mas es muy dudoso el que los principios de una ética natural, concebida a la luz de la Filosofía, divulgados en determinados ambientes, pudieran en éstos influir ni siquiera ser captados intelectualmente. La Filosofía, como el Arte o el Deporte *puro*, exige una sensibilidad de la que no todos los hombres participan. A mi juicio, el error capital de los filósofos en relación a todo esto, es un error psicológico, nacido de su optimismo al considerar a todos los hombres capacitados para filosofar.

Por otra parte, el valor de la ética autónoma no puede negarse —juzgando con limpieza—; e incluso desde el punto de vista religioso merece particular atención. Un hombre que abraza la virtud por la virtud en sí, y por «convencimiento natural» fuese bueno y veraz, es evidente que se hallaría mucho más próximo de Dios —aunque lo desconociese— que el creyente inconsecuente con su fe. De todos modos, el vacío de la esperanza, la falta de una fe sobrenatural apoyada en la Revelación, la ausencia de la plegaria y tantas verdades iluminadas sólo por vía religiosa, dejarían al hombre de bondad natural en un estado de ansiedad angustiosa.

Carta
al
poeta:



JULIAN LANCHAS JIMENEZ

El Angelus flotaba sobre la luz del Valle
y el Tajo libremente descendía rugiendo.
Tú hablabas del amor, del poema y del hombre.
Angeles amarillos trepaban por los cerros.

Recordé mi llegada. Toledo era un abismo
bordado en la pupila alargada del Greco.
Toledo estaba herido de Arcángeles Nocturnos
y el Tajo como un galgo le lamía su tiempo.

Toledo estaba allí para escribir un libro,
para mirar un cuadro, para tocar el viento,
para coger tu altura de lámpara de amigo,
para que tu amistad me contara tus sueños.

Los picos de tu angustia cavaban el poema,
su roca amarga y dura en el lenguaje eterno,
el ritmo que se escapa como un pez silencioso
y quema la poesía que cae en su brasero.

Quemábamos palabras, miradas, pasos, aires,
callejas empinadas y vivos monumentos,
y siempre la poesía con su lengua de lija
largamente limando tu delirio despierto.

Toledo estaba allí como un ala de piedra,
su catedral de vidrio penetrando en el cielo,
sus piedras mortecinas y sus bellas mujeres
y como una atalaya el estudio del Greco.

Y como una atalaya tu corazón de amigo,
y las estrellas altas sobre el tajo despierto
y mis ojos heridos por astillas de luna
buceando el abismo que se llama TOLEDO.

MANUEL PACHECO